

## Eikón Imago

ISSN-e: 2254-8718

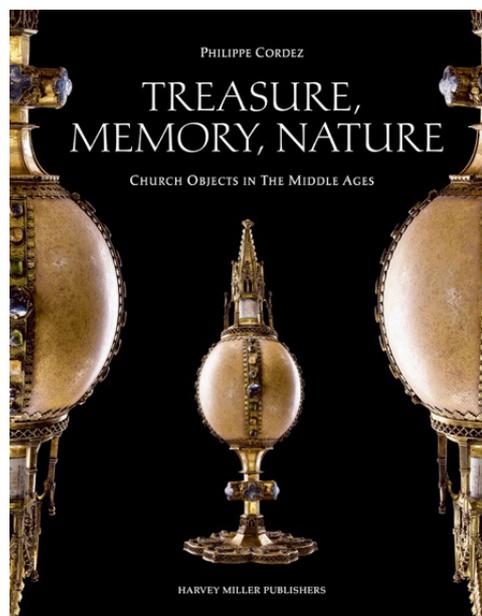
<https://dx.doi.org/10.5209/eiko.79531> EDICIONES  
COMPLUTENSE

Cordez, Philippe. *Treasure, Memory, Nature. Church Objects in the Middle Ages*. London-Turnhout: Brepols-Harvey Miller Publishers, 2020 [ISBN: 978-1-912554-61-4]

Bajo este título tripartito ve la luz en inglés un texto ya publicado en alemán (2015) y en francés (2016) que deriva de una tesis doctoral defendida hace una década. Al margen de las diferencias en la extensión del aparato crítico de las distintas versiones, las oscilaciones que ha experimentado su título –la aquí reseñada se tradujo del original francés– reflejan los condicionantes lingüísticos a los que se enfrenta la investigación en humanidades y su difusión en un contexto global. Pero también, en tanto que ventanas al conocimiento, los términos conllevan cargas semánticas que desafían la diacronía de los procesos históricos y su relato desde el presente.

Aquí, la opción por el sustantivo *Nature* reemplaza al alemán *Wunder* y al francés *merveilles* de sus anteriores ediciones. Esta apreciación de partida no es meramente nominal; me permite destacar la conciencia etimológica de esta monografía, generosa en la profundidad con que se examinan las categorías que la articulan. A su vez, la alusión a la naturaleza como vértice del título anuncia que los “objetos de iglesia” que encontrará el lector no solo son aquellos comúnmente asociados a la noción de tesoro, sino también los elementos agrupados bajo el denominador de *naturalia* en los gabinetes eruditos de la Edad Moderna. La comparación de los tesoros eclesiásticos medievales con estas cámaras de maravillas en absoluto es desconocida, como tampoco han sido obviadas las divergencias mutuas por quienes ya han abordado su estudio. Sin embargo, el autor enfatiza aquellos elementos que acreditan una continuidad en las prácticas acumulativas entre ambos periodos, muestran similitudes en las pautas de registro y exhibición de los objetos, y aproximan los efectos de su recepción en ambos contextos. Entre los muros de los templos convergieron vestigios naturales con las más diversas creaciones suntuarias, fusionándose ocasionalmente en un mismo artefacto. La capacidad de unos y de otras para actuar como soportes memoriales, servir al culto o despertar admiración –entre otras tantas funciones– facilita su común análisis en este libro, que entronca con un interés consolidado en la historiografía reciente por las vidas de los objetos, su dimensión material y los marcos en los que se integran.

La estructura del volumen es fiel al tríptico que lo intitula, y despliega su primer panel trazando la conceptualización del tesoro eclesial desde la Antigüedad Tardía hasta los desafíos de la Reforma protestante. Ya desde estos primeros epígrafes se advierte el nutrido elenco de fuentes manejado por el autor; una constante mantenida hasta las últimas páginas en la que se conjugan la patrística, la legislación, la narrativa histórica o la literatura científica. Al igual que se pone de relieve en otras secciones del libro, el periodo carolingio resulta crucial



para los procesos examinados. Se nos desvela cómo la noción de tesoro pasó entonces a definir las riquezas materiales del templo en estrecha vinculación con la autoridad imperial y episcopal; cómo estos bienes fueron en adelante supervisados e inventariados, emergiendo figuras encargadas de su gestión y custodia; y cómo también con el término “tesoro” se designaría el espacio contenedor de estas riquezas. La progresiva materialización de este imaginario, que se acabó concretando en objetos y en medios que impulsaron el auge constructivo –las fábricas catedralicias participan de este proceso–, no impidió una concepción alegórica del tesoro como gracia acumulada redistribuible mediante indulgencias.

El segundo capítulo indaga en la aptitud de los objetos para construir memorias mediadas por el registro escrito indisolubles de la condición matérica de sus dispositivos. Las reliquias constituyen el ejemplo paradigmático de esta encrucijada. No solo apuntalaron la concepción de tesoro de la que se benefició el sistema bajomedieval de indulgencias, sino que también fueron objeto de inventario, colección y exposición jerarquizada como resultado de un hábito acumulativo. Si variados fueron los soportes textuales que consignaron su existencia, desde la crónica manuscrita a la epigrafía monumental, también lo fueron las motivaciones subyacentes a su redacción. Y si, como señala Cordez, cabe entender las colecciones de reliquias como la materialización de oraciones, los límites físicos de los propios objetos se vieron trascendidos con la difusión impresa de inventarios que actuaron como sustituto devocional de los vestigios sagrados.

En adelante, y hasta concluir el libro, se suceden distintos estudios de caso. Los dos primeros clarifican la función memorial de las reliquias y su agencia histórica al servicio de procesos de afirmación institucional. El bastón de san Pedro, protagonista de relatos de traslación y de hagiografías episcopales en sedes germánicas entre los siglos VIII y X, se valió de un envoltorio orfebre para subrayar un tejido legendario urdido entre diócesis rivales. En Charroux, el prepucio de Cristo vinculó la abadía con sus míticos orígenes carolingios, pero también la conectó con Jerusalén y cobró relieve en el marco de los debates eucarísticos de la segunda mitad del siglo XI. El último ejemplo examinado en este segundo capítulo toma como argumento el juego de ajedrez y pormenoriza cómo sus piezas participaron del orden social y de las relaciones de poder que encarnaron con sus formas y movimientos. Su frecuente donación a iglesias y su asociación a hechos o a figuras históricas las facultaron para desempeñar adecuadamente este papel, ya fueran los escaques de Saint-Denis como testimonio de un pretendido vasallaje de Carlomagno o la excepcional pieza de Saint-Remi de Reims que cabe vincular con las ceremonias celebradas en este escenario rival de coronaciones reales. La resonancia áulica del juego abriría paso a una concepción literaria y moral del mismo en los siglos finales del Medievo.

El tercer panel del tríptico se adentra en la categoría de lo maravilloso –diferenciada del espectro milagroso de la reliquia, pero situada en su antesala– a partir de elementos que exhiben su condición orgánica y que cobraron presencia en los santuarios a partir del siglo XII. Desfilan ante nuestros ojos huevos de avestruz, cáscaras de coco y fantásticas conchas, pero también dientes y huesos de mamíferos marinos, y lo que el imaginario medieval tomó por cuernos de unicornio y garras de grifo, o por vestigios de dragones y gigantes. Sus dimensiones, peculiar forma o remoto origen fueron causa de admiración y asombro popular, de curiosidad científica y de comentario alegórico. Tales objetos no fueron posesión exclusiva de los templos ni sirvieron únicamente como exvoto o útil litúrgico. Transitaron por la esfera cortesana, que devolvió, en ocasiones, una mirada distinta sobre los mismos. La exhibición de estas mara-

villas despertó asociaciones prestigiosas con héroes y relatos de fundación o recordó en el ánimo de sus espectadores la victoria contra el mal; convenció de la existencia de criaturas fabulosas aunque tras esta ilusión se hallaran colmillos de narval o grandes reptiles; y se vio condicionada por las historias locales y por la geografía del comercio y de los desplazamientos humanos. No en vano, los testimonios de su contemplación nos hablan de exploraciones y horizontes ultramarinos al intensificarse su mención en siglos posteriores. Las fuentes evidencian también la mirada escéptica –burlona incluso– que la erudición moderna, preocupada por la autenticidad y la verificación, proyectó sobre algunos de estos tesoros naturales.

Concluye la obra señalando cómo la musealización de estos objetos alteró su estatuto y marco conceptual y cómo se vieron reescritos por la conformación disciplinar de los saberes –entre ellos, la de la propia historia del arte–. Este proceso atañe también al papel mediador desempeñado por el historiador en estas mutaciones. Sin embargo, el autor reconoce afinidades entre las prácticas eclesásticas del Medievo y las advertidas en los museos, tal y como nos ha recordado oportunamente la Cátedra del Prado 2021. Pudiera reprocharse a esta monografía haberse decantado por determinados casos sin una adecuada justificación de las omisiones en el relato, que gravita mayoritariamente en torno al área franco-germana en la que el autor ha desarrollado su formación. Con todo, y aunque no puedan obviarse las particularidades locales, los procesos analizados resultan representativos de fenómenos amplios, y no olvidan otros espacios como el ibérico, puntualmente aludido. Por todo ello es bienvenida la traducción de esta obra, absolutamente pertinente para nuestra comprensión de cómo los objetos conformaron, con recursos y efectos que no nos son tan ajenos, la memoria de las comunidades en el pasado.

Francisco de Asís García García  
Universidad Autónoma de Madrid

[francisco.garcia@uam.es](mailto:francisco.garcia@uam.es)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6115-3399>